

y mi AMOR A LA VIDA y mi amor al amor...  
Y ese blando refugio de sus brazos de armiño  
donde escondí mi frente con un pudor de niño  
en orfandad de amores y en gracia de fervor!

¿Cómo olvidarla nunca si fué para mi vida  
el óleo perfumado que adormece la herida  
con la caricia intacta de una boca de miel,  
si en esa breve noche de viaje y de infortunio,  
bajo la dulcedumbre cordial del plenilunio  
me dió toda su pobre fragancia de mujer?

Yo guardaré su imagen tramada, en mi memoria,  
con el brillo satánico de esa ciudad de gloria:  
ópalo de desgracias y sangre de rubí;  
ciudad que a la luz tenue de pávidos faroles  
como alumbrando aceros de dramas españoles,  
en una blanca noche de sortilegios ví...

Y ha de servirme entonces de lenitivo encanto  
rememorar las notas de aquel fúlgido llanto  
con que sedujo mi alma la voz del CANTADOR  
plañendo el triste lance en que perdió a su dama  
al pie de un pintoresco balcón de melodrama,  
entre rumor de danzas y en hazañas de amor!...

## EL JARDIN DE LA MUERTE

Es el otoño y caen sobre la estrecha vía  
en un pausado giro de fúnebre armonía  
las hojas de oro muerto que lleva el aquilón.  
En un crestón abrupto se interrumpe la sierra  
y el cementerio surge del fondo de la tierra  
envuelto en la neblina de un último crespón.

Calladamente vamos. La arena a nuestra planta  
cruje al andar. La brisa no se sabe si canta.  
Hay mármoles sin nombre, dos cruces y un ciprés,  
arcángeles que lloran, epitafios que mienten...  
Mis compañeros miran y parece que sienten  
que estamos acercándonos al trágico Después...

Es un entierro pobre. El sacerdote reza  
rápidamente. El viento, cargado de tristeza,  
nos rodea de nubes y el cementerio está  
dormido en la penumbra de su lenta avenida  
con sus praderas mustias y su ambición fallida  
de parque abandonado, silvestre y conventual.

Entre lamentaciones de sombras enlutadas  
sobre la caja angosta caen las paletadas  
de arena, y en las ramas empieza a gotear...

El lúgubre cortejo de pronto se deshace  
y junto al muerto anónimo que en esta sombra yace  
bajo la lluvia mansa me quedo a meditar.

El jardín que esta tarde cruza el sepulturero  
es un parque de otoño, espontáneo y severo  
donde las plantas crecen por voluntad de amor,  
con ese santo exceso de savia contenida  
que viene de la muerte a prolongar la vida  
y es nido entre las tumbas y entre los cardos flor!

Nadie cuidó en la rama las rosas que contemplo,  
nadie las ha cogido para aromar un templo  
o ceñir una frente o cubrir un altar;  
no obstante, se dijera que hubieran florecido  
para adornar la nieve de un tálamo de olvido  
o celebrar las nupcias de Ofelia con el mar!...

En cambio, hay en su tallos de porte egregio y fino  
la orgullosa conciencia de cumplir un destino  
al proteger las tumbas con su caricia fiel...  
¡Cuántas cabezas blancas vivieron sin amores  
por esperar que un día cayeran estas flores  
y por beber las gotas de su fúnebre miel!

Impetuosas, ardientes, trémulas o furtivas,  
alternando en sinuosas guirnaldas sucesivas,  
esas flores son sueños que nadie realizó:  
esta violeta exangüe fué una queja escondida  
y ese clavel jugoso y cárdeno de vida  
fué sangre de lujuria que no brotó en pasión...

Así, todo renueva la tradición perdida  
y con lazos de rosas la tristeza que olvida  
y el dolor que recuerda se pueden conciliar.  
Todo humano deseo a la postre se alcanza;  
ora de la ceniza, ora de la esperanza  
la fe renace siempre, última y tutelar...

Frente al jardín supremo donde la Muerte vive,  
en el instante adusto mi espíritu percibe  
latir bajo las hojas una muda ascensión  
es la fecunda savia con que el dolor se abreva:  
al hombre que la escucha le forja un alma nueva  
y una nueva esperanza y un nuevo corazón.

La bruma de la noche se levanta del valle.  
Cierran el cementerio, iluminan la calle,  
la aldea entre las sombras se reclina a dormir  
y al descender al mundo del mundo que abandono,  
como un rey desterrado que dejara su trono,  
abdico de mis sueños y regreso a vivir...

México, julio de 1921.

## La futilidad de una simple limitación de los armamentos

POR H. G. WELLS

WASHINGTON, noviembre 8.—Parecería que por las circunstancias tan peculiares que han mediado para su reunión, la Conferencia de Washington debiera comenzar sus trabajos reconociendo la absoluta inutilidad de discutir la limitación de los armamentos y la restricción de la guerra en ciertas direcciones, mientras que los diversos países conserven su soberanía y la libertad de hacer la guerra, y mientras no exista la sentencia concluyente y definitiva de un tribunal para poner fin a las disputas internacionales, que hoy sólo pueden resolverse por medio de la guerra.

Son muy numerosas las personas

que parecen abrigar la creencia de que pueden continuar los diversos Estados de la Tierra como soberanos e independientes entre sí, cual las bestias feroces en los bosques, sin ninguna regla común, sin ninguna ley común, y que sin embargo sea posible conseguir de ellos se presten a un convenio para hacer la guerra en forma benigna, después de un aviso previo y de acuerdo con reglas previamente aprobadas.

Semejantes ideas son tomadas en serio por muchas personas, sin comprender que se trata de ideas fútiles y peligrosas.

Por ejemplo, un comité de la Liga

de las Naciones en Londres, estuvo discutiendo con toda seriedad si debía permitirse el uso de los gases venenosos y el hundimiento de buques neutrales para hacer efectivo un bloqueo, así como también si sería conveniente abolir todos los perfeccionamientos modernos que se han introducido en el arte de la guerra. Se estudió también «la factibilidad de evitar preparativos bélicos en secreto y las ventajas de las sorpresas en campaña», como si la guerra fuese un mero juego deportivo.

Es muy difícil razonar con seriedad y respeto acerca de un proyecto de esa especie. Más bien nos sentimos inclinados a ofrecer algunas sugerencias de la misma índole que tendieran a perfeccionarle, como por ejemplo, que no se permitiera el comienzo o desarrollo de las hostilidades, sino en presencia de un árbitro o «referee» de la Liga de las Naciones, quien debería llevar claramente marcada en el pecho y en las piernas la Cruz Roja de Ginebra como